

Iniciación al estudio crítico sobre José María Vargas Vila

Escribe: LUIS VIDALES

La primera reacción cuando se piensa en enjuiciar la obra de José María Vargas Vila, es la de dilucidar, primero que todo, cuál es el valor real y específico que en nuestro medio ha tenido la crítica. Y bien pronto, al penetrar en este sopeso, nos sorprendemos de que ella faltó siempre, por disposición harto curiosa de nuestra manera de pensar, al enfoque de las circunstancias dentro de las cuales, sin embargo, toda criatura se mueve sin escapatoria posible.

El por qué nuestra crítica toma al autor y a su obra como entidades desvinculadas del medio social, es algo que podría explicarse por esa punta de dogmatismo que la educación tradicional ha dejado en nosotros. Es un peso muerto que corresponde perfectamente al rezago de ideas muertas en Europa, pero que cobraron nueva vigencia con los dos grandes trances de nuestra historia, denominados la conquista y la colonia, y que tiene no poco que ver con esas épocas resurrectas de la Revelación, en que todo venía sin causa ni origen, por generación espontánea. La mayoría de nuestras ideas y maneras de pensar obedecen, aún hoy, a ese determinante, con el resultado de que mediante estas circunstancias del juicio es muy difícil, si no imposible, jerarquizar nuestro pasado cultural y saber efectivamente cuál es el valor de cada uno de nuestros cultores.

Vargas Vila ha pagado tributo a esta contingencia espectacular de nuestra crítica criolla, con los agravantes de que esa educación de que acabamos de hablar nos enseñó desde la escuela a ver en él una figura vitanda, a la que era poco menos que pecado leer y ni siquiera aludir. El autor de este escrito estuvo, siendo niño, a punto de ser oficialmente expulsado del plantel en que hacía su formación escolar, por una falta monstruosa: había publicado como editorial de su periódico de ensayo una nota de Vargas Vila, intitulada *Némesis*, en que fustigaba a los aherrojados de la libertad, condenándoles a sufrir el castigo de la diosa de la venganza. Por cierto que para fortuna del atrevido estudiante, el desaguisado que había cometido debió dirimirlo monseñor Ismael Perdomo, arzobispo de Bogotá, y el alevoso alumno todavía conserva en el alma la dulzura de aquel espíritu grande, quien ni siquiera creyó del caso aludirle a su falta.

De la crítica al *hombre diabólico*,alzada en la cátedra de literatura, se pasó a la de considerar de buen tono señalar la poca o nula importancia de sus libros y escritos. Mediaba en ello, como es obvio, la pugna de las nuevas generaciones contra las anteriores, el cambio de los registros del gusto, de la temática y, en suma, el tránsito del país a otros propósitos y otras preocupaciones.

Pero los tiempos suelen decantarse, como las aguas. Hoy, pasados los determinantes que cayeron sobre José María Vargas Vila como una avalancha que lo sepulta, parece llegado el momento de entrar serenamente al análisis de su obra y de su personalidad de militante *entetú*.

En primer lugar, Vargas Vila pertenece a la época del jacobinismo colombiano. No es necesario apelar a valores éticos, o someternos al balancín del bien y del mal, para acoger una cosa o hacer silencio sobre ella. Lo que ha tenido ocurrencia debe decirse y ser material para nuestro juicio, independientemente de esas implicaciones. La verdad es que la lucha de los espíritus llamados *libres* contra la infición clerical, y por lo mismo contra la filosofía escolástica, las cuales se expresaban en el orden político y en ciertos períodos en la propia gestión estatal, conformó una generación racionalista, polémica, irreverente, panfletaria, de irrevocable oposición a la mentalidad dominante. Y en ello Vargas Vila no estaba solo. Si se escudriña un poco, es posible encontrar otros nombres como expresivos de esos impulsos libertarios, con las lógicas diferencias de temperamento, como es obvio. Pero allí pudieran situarse, por lo pronto, los del Indio Uribe, Santiago Pérez, Sanín Cano, Antonio José Restrepo y todos los radicales del Olimpo que actuaron en el país en el último tercio del siglo pasado.

Lo que le ocurrió a Vargas Vila, como contingencia vital, es digno de ser indicado para la comprensión de su obra. Obligado a salir del país, al que nunca regresa, su literatura queda impregnada de un *singularismo* que le confiere sello específico. Mientras el país se transformaba, él permanecía con la visión de una Colombia que fue siempre el tema de sus invectivas, y en un estilo que la propia transformación iba haciendo desueto. Pero, de otra parte, como el país se transformaba tan lentamente, tuvo, por lo menos, 45 años de hegemonía conservadora como punto de mira de sus ataques contra todas las formas de opresión, en ese estilo de empenachada arrogancia que no era privativo de la literatura colombiana, sino que recorrió todo un ciclo en la amplitud de latinoamérica.

Con todo y su ausencia del país, no es cuerdo desvincularlo tan *robinsonicamente* de las causales que marcan las posturas literarias y la propia suerte de nuestras gentes de letras en esa abarcadura de tiempo del último tercio de nuestro siglo XIX. Mucho de su obra, especialmente la polémica, rezuma de las condiciones aflictivas de nuestro país en ese decurso, cuya culminación puede situarse en las calamidades políticas —y económicas— de 1896. Por supuesto que cuando hablamos de esta crisis no tenemos en mente, con exclusividad, los acaecimientos domésticos, con ser muy graves, que por entonces afligieron a los colombianos. Pensamos también, y acaso en primer término, en el cambio espectacular que debió sufrir en aquel período nuestro destino de nación por los determinantes

externos. Sabido es que por aquella época se inició el auge maquinístico en el mundo, con el de la electricidad, y con él una nueva era esperanzada del capitalismo. Y es sabido también que con ello comienzan a despuntar nuevos signos en la política de los Estados Unidos sobre nuestros países, como que ya nos hallábamos a unos pocos años de los conocidos sucesos de Panamá que, con todo, deben apreciarse como otra culminación, más alta, de nuestra crisis doméstica.

¿Deberá advertirse que estos fenómenos tienen implicancia en la vida y la obra de nuestros autores, sin incurrir en *perogrullada*? Si la crítica se atuviera a ellos podría dar fe de aspectos estelares que han actuado en la historia de nuestra literatura y, sobre todo, eximiríamos a nuestros literatos del *sambenito* de providenciales o de curiosas figuras en el vacío.

Vargas Vila es un hombre acuñado por esa tónica de desastres que le toca vivir. En la impronta de la ardida prosa de Juan de Dios Uribe ha quedado el testimonio vivo de una lacerante protesta por el desquiciamiento de su tiempo. No es poco que sobre un andamiaje endeble como el de un país arremansado en anacrónicas formas económicas y sociales caiga, de súbito, el impacto del cambio en el mando de la nación, se instaure una nueva constitución, apenas salidos de contiendas intestinas feroces, se amordace la prensa, se destierre o confine a los desafectos con la nueva situación y, de contera, surjan serias alteraciones en la respiración de la economía, de suyo anémica, que repercuten violentamente en una de las más patéticas quiebras del comercio de importación que registre la historia del país.

Pues bien. La crítica debiera encontrar aquí las fuentes no solo del polemismo vargasviliano contra toda suerte de tiranía sino el propio contenido integral de su obra, signado por el espíritu de protesta.

Pero no es solo esto. La crítica podría encontrar allí el determinante social que hizo a un Julio Flórez languideciente, quejumbroso, adolorido, cantor del cansancio y la inutilidad de la existencia, de los osarios y cementerios, los oscuros rincones donde reina la araña, esa poesía, en fin, en la cual la desesperación y la decepción del vivir tienen su asiento. ¿No son los signos evidentes del abatimiento y la derrota, y de la tristeza por la pérdida de la libertad, los que aparecen expresados en la poesía de Julio Flórez? Y, ¿no es de allí que proviene la extensa y profunda aceptación de sus cantos, como expresión exacta del sentimiento nacional? Lo preguntamos únicamente.

Idéntico es el caso de José Asunción Silva. Idéntico, con la enorme variante temperamental. Poeta de invernadero, fino, de alta clase social, europeizante; no deja por ello de reaccionar en consonancia con la aguda época de crisis que le toca vivir. Melancólico, cantor de la densa noche de la sabana, mucho de la intranquilidad de la patria, de la rememoración de un secreto dolor nunca restañado, puede atribuirse, en su poesía. Su suicidio, a los 29 años de edad, no puede atribuirse, como lo ha intentado la crítica, a la quiebra de una firma comercial, a fracasos en aspiraciones industriales, ni siquiera a la conseja en torno a su hermana, aun considerando que mediara entre ambos un amor que sobrepasaba los lin-

des de lo fraternal, lo cual no pasa de ser un chisme de pueblo pequeño o, en otras palabras, de infierno grande. El localismo —y esta es una de sus expresiones— es algo que cala desesperadamente en el alma de todo colombiano. La verdad es otra. Los insucesos personales de dinero y la muerte de la compañera fraterna se hallan engranados en una sensibilidad como la de Silva a un fenómeno de mayor influjo en la vida de un verdadero poeta: la inmensa desolación nacional que culminó con los acaeceres políticos de 1896, año de su muerte voluntaria. En un período en que no hubiese mediado este peso gigante, Silva no habría perdido el centro de gravedad, hasta no hallar otra salida que la autoeliminación. Posteriormente hemos sido testigos presenciales de casos semejantes. Carlos Lozano, el gallardo espíritu que entregó la vida al paso de un tren, entre dos vagones, era sin duda un agorafóbico. En lugares abiertos perdía el equilibrio, tal como lo comprobó quien aquí escribe en la Plaza de la Concordia, de París, un día de 1927. Pero el inmenso vacío que para él y para todos los colombianos, sin excepción, representó la situación de la que el país puede ya estar saliendo, le precipitó al desenlace fatal, lo que nos alienta a pensar que la agorafobia se expresa no solo con relación al vacío físico sino al mental producido por crisis como la que hemos estado viviendo últimamente. Otro tanto ocurrió al notable hombre público Camacho Angarita, siendo siempre las causas privadas, en estos casos, de simple valor suplementario.

Que José María Vargas Vila es un publicista de la oposición nacional, lo comprueba la extensa aceptación de su obra en los medios del país en que el clamor por la libertad, la justicia y el pan es más ardido. Preguntadle a cualquier viejo artesano de dónde se nutrió su espíritu revolucionario, un tanto vago pero inamovible, e invariablemente os dirá que su primer maestro fue Vargas Vila. En un tiempo estuvo de moda decir que a Vargas Vila solo lo leían los conglomerados de negros de la costa del Pacífico, pero esto, que entonces se blandía para señalar su poco valer, con el voltear del tiempo se ha convertido en uno de los más sólidos testimonios de su eficacia como escritor popular.

Para quienes insisten en ese punto de vista, conviene citar acá nuestro testimonio personal sobre la alta consideración en que se tiene a Vargas Vila en los medios más cultos de nuestros países. De su poderoso influjo en los más selectos espíritus de esta parte del mundo hay más de un comprobante. Juan de Luigi, uno de los más grandes críticos chilenos de todos los tiempos, nos decía que su generación se había levantado en grandísima parte bajo el signo del autor de *Los divinos y los humanos* y de *Ibis*. Gabriela Mistral, por su parte, le señala como la primera influencia consubstancial que recibiera su estro. Es harto común que la mejor (repetimos, la mejor) gente de la cultura de América, al saber que somos colombianos, nos hable *ipso facto* de Vargas Vila, el solitario rebelde que dio ejemplo de temple y de insobornable insurgencia a los hombres de letras de América.

Y bien. ¿Qué tan inactual es Vargas Vila? Es lógico que su estilo engolado, exultatorio, de énfasis en el adjetivo y en las simples mayúsculas para darles rimbombancia a ciertos vocablos, como democracia y li-

bertad; que todo ese arsenal de orden exclamativo pertenece a su tiempo y no al nuestro, aunque todavía la provincia colombiana respira por esa herida y cree más de lo que podemos pensar que el buen estilo está en el preciosismo de los adornos externos del lenguaje. Hasta hace muy poco (y no sabemos que esto haya pasado del todo) el senador o representante de provincia se inauguraba como figura nacional con un discurso cortado en el taller particular de José María Vargas Vila, aunque después, a lo Pedro, negara al Maestro en el café de su cámara. De todas maneras, será preciso desmontar su obra de su estruendo operático, al fin pasajero, para poder analizar lo que queda en cuanto a ideas, mensaje de escritor y consecuencia de hombre. Y ello es cruenta tarea para quien dejó escritas, como él, más de un centenar, porque es preciso decir que ningún escritor en Colombia dejó publicada labor tan copiosa como la suya. Y estudiar, además, esa su condición *robinsónica* que hace de él un literato ausente a modelos, raíces e influjos extraños, como no sean sus epigonías más que lógicas del romanticismo mezclado del más crudo naturalismo, en su expresión novelar, y del más conmovedor realismo en su función magistral de panfletario.

No obstante, hay en su estilo un aspecto, al menos, por el cual se une a las revoluciones más recientes en el ámbito de la cultura. Su fraseo cortado, de chispas de yunque, que constituye toda una estructura personal de su fuerza comunicativa, sin olvidar, desde luego, la propia arbitraria disposición del idioma en párrafos que terminan en punto y coma, para continuar aparte el siguiente, con letra minúscula. Con razón, cuando se instauró en todo el mundo, con las nuevas formas poéticas, lo que dio en llamarse *la revolución tipográfica*, Vargas Vila, con el orgullo que fue norte en su vida, reclamó su condición de precursor de la lírica de las postguerras.

Este artículo (el título lo reclama) no pretende pasar los linderos de una invitación al análisis que está esperando la obra del más imitado, olvidado y odiado de los escritores colombianos. Y advertir que para hoy —y para el futuro— su nombre está llamado a ganar muchísima más importancia de la que se le suele conceder, aun por sus mejores amigos.